

Comentario al evangelio del jueves, 16 de abril de 2020

Querido Dios Padre resucitador.

Me haces muy feliz con tu diaria carta de amor. Estoy seguro de que no llego a comprenderte del todo. Pero me hace mucha ilusión intentarlo cada día un poco más. Ya sé que nuestra gramática humana no puede expresar todo lo que quisieras. Ya sé también que escribes tus cartas para todas las generaciones y, que, entre todos, vamos descubriendo tu Palabra en las palabras escritas. Reconocerás, Padre Dios, que tu acción de resucitar a Jesús crucificado de entre los muertos es una novedad tan desbordante, tan inaudita que nos cuesta mucho hacernos cargo de ella.

Tu cartero Lucas nos brinda hoy una narración de cómo quieres que nos hagamos cargo de la maravilla de la resurrección del Crucificado. A los primeros lectores de tu carta les resultaba incomprensible eso de resucitar; ellos entendían de inmortalidad, de espíritus y de ideas claras y distintas. Pero no les entraba en la cabeza lo de la resurrección de entre los muertos.

Tú les mostraste una forma donde inspirarse para entender. Por eso les abriste la inteligencia **para entender las Escrituras** y caer en la cuenta de la nueva forma de presencia. Cuando los discípulos estaban conversando **el Resucitado se presentó en medio de ellos**. Ellos se sintieron atemorizados y confundidos. Pensaban que se trataba de un espíritu.

El crucificado Resucitado se esfuerza en explicarles que no, que no es un espíritu, que es el mismo al que han visto morir como un condenado a muerte. Para hacérselo entender les muestra sus manos y sus pies heridos. **“Soy yo en persona”**. Les invita a mirar las manos y los pies. Por si fuera poco, el Resucitado añade otro gesto por el que podía ser reconocido. **Come con ellos del pescado que tienen**. Y lo hace delante de ellos.

El contenido de tu carta de amor, Padre, resulta difícil de comprender. Es el amor tu mensaje a través de las palabras. Por una parte, nos tienes dicho que la resurrección implica la superación de la muerte, del tiempo y del espacio; que el Resucitado es el exaltado y glorificado. Y, por otra parte, tiene manos y pies. Quiero entender que lo que quieres decirme es que el Resucitado es el mismo que fue crucificado, que no es otro distinto; que la resurrección no es negación de la cruz, sino su reafirmación y la revelación de su sentido último. Tu carta de hoy no es un relato histórico; es una invitación a explotar de alegría por la gran buena noticia de la resurrección del Mesías.

Gracias, Padre, por tu amor incondicional

Un abrazo entrañable

Tu hijo

Bonifacio Fernández, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org